

Hay dos géneros de jocosidad: uno servil, chocante, torpe é indecoroso; otro elegante, urbano, ingenioso y festivo. Aquel, en sentir de Ciceron, es indigno de los hombres, y este propio solamente de los discretos, que saben usarle en tiempo y con oportunidad. CERVANTES sazonó el QUIJOTE con todas las gracias de este estilo, sin desdorarle con bufonadas ni chocarrerías.

Las jocosidades á propósito para movernos á risa son, segun Quintiliano, las que proceden de la persona propia, de la ajena, ó de los objetos medios. Cuando uno dice advertidamente algun disparate ó despropósito; cuando pinta los defectos ajenos con viveza é ironía; cuando introduce un personaje ridículo para que represente el papel de héroe, un simple que habla á bulto de lo que no entiende, ó un indiscreto que descubre frescamente y sin embozo lo que debia ocultar, entonces se excita la risa de los oyentes por medio de las personas ajenas ó de la propia. Todas estas gracias se encuentran á cada paso en CERVANTES: las sencilleces y malicias de Sancho, la heroicidad ridícula de Don Quijote, y el disimulo burlador de los personajes que siguen ó incitan su locura, son unos ejemplos tan visibles y frecuentes que no necesitan individualizarse.

Los dichos y respuestas inopinadas que nacen de ignorancia ó disimulo, las ponderaciones irónicas, las frases burlescas, los juegos de palabras, los equívocos, y los modos de hablar familiares, son jocosidades sacadas de los objetos medios. Todas ellas son comunes en el QUIJOTE, y agracian su locucion, porque CERVANTES supo emplearlas sábia y comedidamente. Sin embargo de la fecundidad de nuestra lengua, y del ensanche que le permitia su asunto, rara vez se vale de equívocos ó juega con las voces; y, cuando lo hace, es con una propiedad y discrecion que falta á muchos de nuestros escritores y poetas, cuyo principal númen consiste en aquellas puerilidades indignas de la poesía y del estilo serio, é insufribles siempre que se usan sin juicio y sin moderacion.

Los modos de hablar familiares son tan castizos en nuestra lengua, que en ellos se conserva su primitiva pureza. La continuacion y frecuencia con que vulgarmente se repiten les ha dado el nombre de *refranes*, y su abundancia es tanta, que seria preciso hacer una larga digresion si se hubiesen de nombrar las varias colecciones impresas y manuscritas desde Íñigo Lopez de Mendoza hasta Luis Galindo, las cuales ha procurado compilar el discreto y sábio caballero Don Juan de Iriarte. La gracia que dan estos refranes al estilo jocoso cuando se usan con oportunidad y observando el decoro de las personas, está bien manifiesta en la *Celestina*, *Florinea*, *Eufrosina* y *Selvagia*, cuyo ejemplo siguió MIGUEL DE CERVANTES con el mismo esmero con que evitó la imitacion de los equivoquistas. En ninguna obra están los refranes mejor aplicados que en el QUIJOTE; y ellos son los que llenan de pureza, gracejo y naturalidad los discursos de Sancho, por la propiedad con que los encadena algunas veces, por el despropósito con que los amontona otras, y por la conveniencia que tienen siempre con su carácter.

Valiéndose de él usó CERVANTES otro medio muy propio del estilo jocoso, introduciendo en los razonamientos de Sancho, del cabrero Pedro, y de otros personajes, algunos vocablos corrompidos y desfigurados, que mueven á risa por la sencillez con que los dicen, y por el teson con que Don Quijote se empeña en reprenderlos y enmendarlos.

Tambien el arcaismo, ó uso de voces anticuadas, conviene al estilo jocoso, porque divierte con la imitacion del lenguaje antiguo y desusado. CERVANTES tenia particular gusto y conocimiento para remedarle, y en nada se conoce mas la destreza con que manejaba nuestra lengua que en la facilidad con que se acomoda á toda especie de locuciones, usando de cada una como si ella sola hubiera sido el objeto de su estudio y aplicacion.

Una de las pruebas mas auténticas de esta destreza, del desenfado con que ridiculizó las ideas caballerescas, y de la aceptacion de su obra, es haber enriquecido la lengua con voces nuevas: los nombres de *Don Quijote*, *Sancho Panza*, *Pedro Recio*, *Maritornes* y *Rocinante*, formados en la imaginacion de CERVANTES, son ya voces peculiares de nuestra lengua, que significan un *desfacedor de tuertos*, un *hablador simple*, un *doctor impertinente*, una *mujer tosca y zafia*, y un *caballo flaco*. Además de estas, se han deducido del nombre de *Don Quijote* otras voces igualmente significativas, como *quijotada*, *quijoteria* y *quijotesco*. Su inventor tuvo el mérito de introducirlas junto con la complacencia de verlas admitidas en la lengua castellana.

En ella pudieran usarse tambien proverbios sacados del QUIJOTE. No habria modo mas festivo y donoso, para corregir á los que interrumpen á cada paso sus discursos con digresiones importunas, como decirles *que volviesen presto de Tembleque*, al modo que lo dijo el religioso de casa del duque á Sancho. El mayor honor que puede tener una obra cómica, en opinion de Fontenelle, es que se saquen proverbios de ella. Si muchas de las ocurrencias de CERVANTES no logran esta honra, es por culpa de los que no han tenido discernimiento para encontrarlos, ó buen gusto para agraciar con ellos su estilo.

Por falta de este gusto suelen nuestros escritores caer en afectacion queriendo evitar la repeticion y monotonía de las voces, ó bien usar un estilo desaliñado por huir de esta compostura estudiada. Macrobio observó que las repeticiones de Homero tienen cierto mérito peculiar á este gran poeta, que no ha podido imitar otro alguno. CERVANTES tambien repite á veces en un período los mismos términos y expresiones, pero de un modo tan suave y natural, que ni chocan al oido ni alteran la energía y propiedad de su estilo. Uno y otro dieron á conocer, en esta semejanza, que los grandes ingenios son elocuentes, aunque no se afanen por parecerlo.

Ninguno lo será, no obstante que carezca de todo vicio, si le falta la primera y principal virtud, que es lo que Longino llama *sublime*. Este consiste en una cierta fuerza, viveza y novedad singular y extraordinaria, que deleita, admira

y suspende, arrebatando la atención de los lectores como á pesar suyo. Los tres géneros de estilo admiten este sublime, el cual puede encontrarse en el estilo llano y faltar en el heróico, porque no es lo mismo estilo sublime que lo que aquel crítico griego entiende por sublime en el discurso.

Boileau, y los demás que han ilustrado esta materia, convienen en que el sublime no depende de la expresión, y puede hallarse en todos estilos; pero ni nombran ni excluyen tampoco al jocoso; por lo que será conveniente proponer algunas observaciones sobre este punto, que, á mas de ser curioso en sí mismo, no ha sido tratado hasta ahora por ningún escritor.

El principal mérito de una obra irónica y burlesca no consiste en la festividad del estilo ni en lo donoso de la dicción, sino en un cierto ridículo que está en la sustancia del discurso, no en el modo, y pende del pensamiento y no de la expresión. Al modo que en la pintura hay algunos pintores que saben el secreto de copiar las cabezas mas serias, haciéndolas paródicas y ridículas, sin faltar á su semejanza, sin mudar sus facciones ni alterar su combinación, así tambien en la fábula se puede retratar con toda propiedad cualquier objeto, ridiculizándole al mismo tiempo con un cierto aire burlesco mas fácil de conocer que de definir. Este equivale en las obras jocosas al sublime de los discursos serios, y es el que las perfecciona y hace excelentes.

Que CERVANTES use frases burlescas, expresiones festivas, voces graciosas; que sazone con refranes el lenguaje de Sancho; que imite los idiotismos caballerescos en persona de Don Quijote; que adorne el diálogo de los demás personajes y su estilo con todos los donaires de la locución, es un mérito singular y grande; pero mérito que agrada mas á los hombres de humor que á los circunspectos, mas á los que poseen perfectamente la lengua que al vulgo, y mucho mas sin comparación á los españoles que á los extranjeros. Pero que cuando los tiene á todos gustosamente divertidos con sucesos extraordinarios y graves; cuando Don Quijote y Sancho están llenos de admiración, y los demás personajes ocupados enteramente en cosas las mas separadas de la locura de aquel héroe; que entonces CERVANTES saque de improviso, y como por una especie de magia, una ridiculez donosísima, oportuna, y naturalmente deducida de aquellos objetos tan distantes, este es el universal y primer mérito de la obra, y donde mostró su talento original.

Para hacerlo visible basta un ejemplo en la visita de las galeras que hizo Don Quijote acompañado de un caballero de Barcelona. CERVANTES pinta con su acostumbrada maestría el saludo y fueraropa de los forzados, el chasco de Sancho, el rezelo de Don Quijote, la admiración que causaron á ambos las maniobras y el zarpar de la capitana, y últimamente, la dureza del cómitre en el castigo de la chusma. El lector conoce la distancia é inconexión de estos objetos con la caballería andante; está atento á la sorpresa y novedad que causan á Don Quijote, y no espera ni imagina que pueda mezclarse allí su locura, ni enlazarse con aquel suceso; pero

CERVANTES arrebató inopinadamente su atención, y la traslada al desencanto de Dulcinea con el ridículo y festivísimo apóstrofe que Don Quijote dirige á Sancho, persuadiéndole que se desnude, tome lugar entre los forzados, y deje el desencanto á la discreción del cómitre. En esta y otras muchas ocurrencias, igualmente felices é inesperadas, se vé la fuerza de aquel ridículo, á cuya posesión debió CERVANTES la palma de las gracias, que esparcieron el eco de su fama en toda la posteridad.

Longino asegura que el verdadero sublime es aquel á quien no podemos resistir, cuya impresión es casi eterna en nuestra memoria y agrada universalmente á todos. Cuando un grande número de personas, de diferente humor, inclinación, edad, profesión y lengua, sienten todas igualmente la fuerza de un lugar de cualquier discurso, entonces este juicio y aprobación uniforme de tantas personas, discordes en lo demás, es una prueba indubitable y cierta de que hay en él verdadero sublime.

Estas mismas señales convienen de todo punto al expresado lugar del QUIJOTE, y á todos los demás de igual naturaleza. Su gracia, festividad y donaire son independientes del estilo y de la dicción, y no están reservadas á los españoles, ni á los hombres de buen humor, ni á los sábios; al contrario, han hecho reír universalmente á toda clase de personas y naciones, y serán siempre escuchadas con gusto y aplauso en los cuatro ángulos del mundo, y hasta la última Thule. Saint-Evremond aconseja á los desdichados, que, para aliviar y explayar el ánimo, prefieran á la lección de Séneca, Plutarco y Montaña la de Luciano y Petronio, y á todas estas la del QUIJOTE. "Sobre todo, dice, os recomiendo á DON QUIJOTE; pues, por grande que sea vuestra aflicción, la delicadeza y finura de su ridículo os encaminará insensiblemente á la alegría." Esta finura y delicadeza es el sublime de la fábula ó discurso burlesco.

El juicio que formó Julio César de las comedias de Terencio, en aquellos discretos versos que ha conservado Suetonio, confirma igualmente que las obras jocosas tienen un cierto sublime que les es peculiar. Todo el mundo sabe el mérito de las comedias de Menandro, y el conato que puso Terencio en imitarlas: sin embargo, no pudo llegar mas que á la mitad de su perfección. Su estilo es puro, suave, elegante y gracioso: en esta parte fueron semejantes; pero al latino le faltó la fuerza cómica, aquella virtud que sobresale tanto en el griego, y es la que caracteriza y da todo el valor á sus comedias. Los críticos la llamarán como gustaren, pero no podrán negar que esta fuerza cómica de Menandro, y aquel ridículo fino de CERVANTES, hacen el mismo efecto en las obras jocosas que el sublime de Longino en las serias.

Ambas varían su peculiar estilo con atención á las circunstancias. El QUIJOTE levanta la voz en algunas ocasiones, al modo que la *Ilíada* muda el tono en otras; pero Homero, cuando quiere familiarizarse, se baja á veces tanto, que suele separarse de la gravedad de la epopeya, degradándola con pinturas burlescas, como el retrato de Vulcano, el de Tersites, el de Iro, y la historia de Marte y Venus.